

LOS VATICINIOS PROFÉTICOS DE LA PASIÓN Y LOS SENTIDOS DE LA S. ESCRITURA

por A. COLUNGA, O. P.

Entre todos los misterios que Dios se dignó comunicar a los hombres por medio de sus Profetas, ocupa un lugar singularísimo el misterio de la Pasión de su Hijo. Los oráculos del reinado glorioso del hijo de David entraban muy bien en la mente del pueblo hebreo, pero la muerte infamante en la cruz del Mesías era para los judíos un escándalo, con el que se sentían en sumo grado deshonrados. Además reflexionemos lo que significan aquellas palabras de San Pablo: «Si le hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Rey de gloria» (I Cor. 2,8). Hablamos con frecuencia del pecado de deicidio cometido por los judíos en la persona del Señor, y Santo Tomás, al tratar de este pecado, tiene que hacer muchos distingos y finos análisis psicológicos para salvar las palabras del Apóstol. Todo esto conviene que lo tengamos presente al observar el tema de los vaticinios sobre la Pasión.

Los evangelistas insisten en la dureza de los discípulos para entender las tristes predicciones de su Maestro. Eco de esta dureza la hallamos en S. Lucas (24, 13) al narrar el encuentro de Jesús resucitado con los dos discípulos, que se dirigían a Emaús: «¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los Profetas! ¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria? Y luego, comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los Profetas, les fué declarando cuanto a El se refería en todas las Escrituras». Y mientras les explicaba los textos, les infundía la luz de la inteligencia, de suerte que les forzó a decir después: «¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras?» (Lc. 24, 15 ss.). Esa inteligencia es la misma de que nos habla el mismo San Lucas poco más adelante, refiriendo la aparición del Señor a los once, cuando les mostró las señales de las heridas en los pies y manos y les dijo: «Esto es lo que Yo os decía estando aún con vosotros: que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos de Mí. Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras y les dijo: Que así estaba escrito,

que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos» (Jb. 44 ss.). Siempre el gran misterio de la Pasión, obstáculo grande a la fe de los discípulos y mayor aun a la fe de Israel.

Pues veamos ahora cuáles pueden ser esos vaticinios, que el Salvador explicó a los discípulos camino de Emaús y aquéllos, cuya inteligencia dió a los Apóstoles al despedirse de ellos. En esto no esperamos aquella claridad, que hallamos en tantos oráculos mesiánicos, en que se nos anuncian los orígenes davidicos del Mesías, un glorioso reinado y la sumisión de las naciones a su autoridad. Los vaticinios de la Pasión los hemos de buscar por otros caminos distintos de la exégesis literal histórica. Para conseguirlo es preciso recordar que la exégesis judía admitía en la Sagrada Escritura, además del sentido literal histórico, otros sentidos más hondos, sin contar el sentido acomodado, del que usaban y abusaban los doctores de la Ley. Todos estos sentidos, incluyendo el acomodado, que no es sentido de la Escritura, sino del que la interpreta, los podemos hallar en el Nuevo Testamento.

La serie de los vaticinios declarados por el Salvador empieza por Moisés, es decir, por la Ley. ¿Dónde nos habla la Ley de la Pasión del Mesías? Pasajes que en sentido literal nos hablan de su muerte, no conozco ninguno. Hay que acudir a tipos, siguiendo la regla que nos da el mismo Nuevo Testamento. Y de estos tipos son los más importantes los sacrificios. Es el sacrificio el acto principal de la religión. En él se ofrece a Dios la vida de una víctima inmolada. Este ofrecimiento, está expresado en la sangre, que se derrama en el altar. En la sangre, se dice repetidas veces en la Ley, está la vida y esta vida es la expresión de la vida misma del oferente, el cual por la víctima quiere mostrar su devoción. Por el sacrificio, expresivo de esa devoción estrecha el oferente sus relaciones con Dios, reconoce su soberano dominio, le da gracias por sus beneficios, expía sus pecados y se reconcilia con su Hacedor ofendido. Pero ni estos sacrificios, ni el sacrificio del corazón devoto, son gratos ante los ojos del Señor, sino por el sacrificio de Aquél, que, siendo Hijo de Dios, se hizo Hijo del hombre y tomó sobre Sí las deudas de la Humanidad. No era fácil hallar imagen, que más al vivo expresase el futuro sacrificio del Calvario. Pues he aquí el primer capítulo de los vaticinios de la Pasión de Jesús, vaticinios expresados mediante tipos. Con ellos plugo a Dios prefigurar, y prefigurando predecir, la Pasión de su Hijo. Y esta prefiguración se halla primeramente en los ritos de la religión mosaica y luego en los tratos legales, a que esos ritos se ordenan. Lo uno y lo otro viene de Dios, que es el autor de la Ley y del libro en que la Ley se contiene.

Y señalando algunos sacrificios en particular, empecemos por el sacrificio Pascual. El día 10 de Nisán, cada familia debía separar del rebaño, o adquirir quien no tuviera rebaño, un cordero o un cabrito, desti-

nado al sacrificio de la Pascua. Acto tan solemne no podía dejarse para última hora. El 14, al atardecer, se sacrificaba la víctima, que era comida por la familia, asada, y con panes ácimos y lechugas silvestres. Sólo los circuncidados, los que por la circuncisión formaban parte del pueblo de Dios, podían participar de este banquete. «Este es el sacrificio de la Pascua de Yavé, que pasó de largo por las casas de los hijos de Israel, cuando hirió a Egipto, salvando nuestras casas» (Ex. 12, 27). La Pascua recuerda la liberación de Israel, en virtud de las promesas hechas a los Patriarcas, confirmadas luego con el pacto del Sinai. A esas promesas hace sin duda referencia el Apóstol cuando dice de Moisés que «por la fe celebró la Pascua y la aspersión de la sangre para que el exterminador no tocara a los primogénitos de Israel» (Hebr. 11, 28). La consumación de esta Pascua nos la declara San Pablo exhortando a los Corintios: «Alejad la vieja levadura para ser masa nueva, como sois ácimos, porque vuestra Pascua, Cristo, ya ha sido inmolada» (I Cor. 5, 7). El sacrificio pascual, conmemorativo de la liberación de Israel, es pues, el tipo del sacrificio de Jesucristo, con que se realizó la liberación del género humano. San Juan declarando el motivo porque al Salvador no le fueron quebrantadas las piernas como a los ladrones, trae las palabras del Exodo en que se manda no quebrar huesos al cordero pascual (Jn. 19, 36; Ex. 12, 46).

En el Levítico se nos dan a conocer las diferentes clases de sacrificios admitidos por el ritual mosaico. Son éstos el holocausto, el sacrificio pacífico y el doble sacrificio expiatorio (Lev. 1,5). De éstos, el holocausto era considerado como el más perfecto, porque en él se consumía toda la víctima en honor de Dios, sin que ni el oferente ni el sacrificador se reservasen parte alguna. Del sacrificio pacífico se ofrecía a Dios la sangre y las vísceras; las carnes se las repartían el sacerdote y el oferente, que debían comerlas en el santuario, en banquete de comunión, ofrecido por Dios mismo que lo había santificado. Los sacrificios expiatorios se ordenaban a la expiación de los pecados y purificación de las almas. Los oferentes no tenían parte alguna de la víctima, pero los sacerdotes recibían una porción, por lo cual se decía que comían los pecados del pueblo. Sólo la fe y la devoción hacían gratos todos estos sacrificios, que del sacrificio de Cristo recibían la virtud de agradar a Dios y expiar los pecados. En esto se halla la razón de tipo, que todos ellos tienen para figurar el sacrificio del Calvario.

Entre los sacrificios expiatorios ocupan un lugar preferente los que se ofrecían el día 10 del séptimo mes en la fiesta de la expiación nacional. Los ritos de esta solemnidad se describen muy detalladamente en el capítulo 16 del Levítico, y en la epístola a los Hebreos (9, 10) se declaran su sentido típico. Mediante estos sacrificios se creía el pueblo purificado de sus pecados y plenamente reconciliado con su Dios. Dos cosas hay que distinguir tanto en la virtud de esta fiesta, como en la eficacia de los

otros ritos mosaicos: la purificación de las impurezas legales, que tenían su origen en la Ley misma, y la purificación de los pecados o infracciones de la ley de Dios. Las primeras eran quitadas mediante los ritos establecidos por la Ley misma que había impuesto tales impurezas; las segundas sólo se quitaban por la fe y la devoción hacia el sacrificio de Jesucristo, por lo cual es tan ponderada en la epístola a los Hebreos (11, 1-40), la fe de los antiguos Patriarcas.

El sacrificio de Isaac es sin duda, el tipo más expresivo del sacrificio del Calvario, y es también el que nos pone más en claro la verdadera naturaleza del sacrificio mosaico. Los sacrificios humanos, según los datos de la Escritura, confirmados por las exploraciones arqueológicas, eran frecuentes en Canaán. Los padres ofrecían a sus divinidades, no una víctima cualquiera, pequeña parte de su hacienda, sino a los propios hijos, lo que ellos más amaban. Con este costoso sacrificio pensaban merecer las gracias de sus dioses. Que esta bárbara costumbre se introdujo en Israel nos lo prueba el caso de Jefte, que ofreció su hija a Yavé, después de la victoria sobre los amonitas. No hay duda que la intención del autor sagrado al referirnos el sacrificio de Isaac, fué mostrar qué es lo que en los sacrificios agradaba al Señor. Para entender el sentido de este relato hay que comenzar por hacerse cargo de lo que era Isaac para su padre, el hijo tan deseado, el heredero de las promesas divinas. Pues este tal hijo se lo exige Dios a Abraham y el Patriarca se dispone a realizar el sacrificio; mas, cuando estaba para consumarlo, Dios detiene el brazo del Patriarca y le declara que estaba satisfecho con su obediencia. Abraham era en este acto el sacerdote y la víctima, porque al descargar el golpe sobre su hijo lo descargaba sobre su propio corazón. Y a la vez Isaac doblando el cuello para recibir el golpe fatal, se unía de corazón a la obediencia de su padre y venía a ser el sacrificador de sí mismo. Los conceptos de víctima y sacrificador aparecieron formalmente identificados en este sacrificio, que nos atrevemos a considerar como el modelo de todos los sacrificios de la Ley. En él tenemos declaradas las palabras del salmista: «Sacrificio grato a Dios es el corazón contrito». Y las otras que el salmista dice, después de reprobar los sacrificios puramente materiales: «Ofrece a Dios sacrificios de alabanza y cumple tus votos al Altísimo, e invócame en el día de la angustia; yo te libraré y tu cantarás mi gloria» (ps. 50, 14 ss.). He aquí en qué manera los sacrificios, levantando el corazón a Dios, hacían a los fieles participantes de gracia divina y figuraban el sacrificio de Aquél que, estando lleno de gracia, hace a todos participantes de su plenitud.

Pero esta idea del sacrificio espiritual nos lleva al conocimiento de un nuevo misterio del Antiguo Testamento: los justos son en la tierra los representantes de la causa de Dios. El gobierno divino sobre los hombres está lleno de misterios, que los hombres no alcanzan. Los justos, guía-

dos por la fe, acatan esos misterios, no sin grave dolor de su alma; pero los malvados tenían ahí ocasión para insultar la Providencia del Señor. Esto engendra una lucha, en la que los justos tienen mucho que sufrir y muchas ocasiones de ofrecer al Altísimo el sacrificio de su espíritu atribulado. El profeta Elías, valiente luchador contra la idolatría fenicia, que defendía una poderosa reina, huye al desierto, y desfalleciendo, pide su muerte al Señor, diciendo: «Basta, Yavé, lleva mi alma, que no soy yo mejor que mis padres» (II Reg. 19,4). «Jeremías fué suscitado por Dios como su profeta, y recibió sobre pueblos y reinos el poder de destruir, arrancar, arruinar y asolar, de levantar, edificar y plantar» (1,10). Esto obliga al hijo de Anatot a vivir en medio de continuas angustias, que le arrancan expresiones tan amargas como éstas: «Tú me sedujiste, Yavé, y yo me dejé seducir; Tú eres más fuerte y fui vencido. Ahora soy todo el día la irrisión, la burla de todo el mundo. Siempre que les hablo tengo que gritar, tengo que clamar: ¡ruina, devastación! Y todo el día la palabra de Yavé es oprobio y vergüenza para mí. Y aunque me dije para mí: No pensaré más en ello, no volveré a hablar más en su nombre, es dentro de mí como fuego abrasador que siento dentro de mis huesos, que no puedo soportar». Oigo muchas maldiciones y por todas partes me amenazan: «Delatadle, delatémosle». Aun los que eran mis amigos me expían para ver si doy un paso en falso: «A ver si le engañamos y triunfaremos de él». Pero Yavé es para mí un fuerte guerrero: por eso mis enemigos caerán vencidos» (20, 7-11). He aquí dos ejemplos de lo que era la vida de aquéllos, que hoy veneramos como los auténticos representantes de la causa de Dios en medio de su pueblo. En ellos tenemos otro bien expresivo tipo de aquél que vino a dar testimonio de la verdad y que murió en la cruz por esta causa (Jn., 18, 37). Todavía salta a la vista la diferencia entre el tipo y el antitipo, pues mientras aquél pide a Dios justicia y que castigue a sus perseguidores, éste, en el momento más solemne de su agonía, pide perdón para los que le habían crucificado. Según el primero, la justicia divina debía cumplirse sobre las espaldas de los pecadores; pero el segundo, ofrecida por El la plena satisfacción a la justicia de Dios, sólo pide perdón y misericordia.

A este mismo tenor hemos de interpretar muchos salmos, en que el salmista clama a Dios contando los sufrimientos que padece de parte de los impíos, de los enemigos de Dios, a quien pide justicia. Entre éstos es muy de notar el salmo XXII, en el cual el salmista no hace mención alguna de sus pecados, pero nos pinta con vivos colores su pasión, sin acordarse de pedir el castigo de sus perseguidores: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» Así comienza el salmo con estas palabras que Jesús dirigió al Padre en la cruz. Y en toda la primera parte del salmo nos pinta los sufrimientos con tan singulares detalles, que nos fuerza a ver en ellos una profecía de la pasión. Pero falta en esta descripción un

detalle esencial, la muerte de esta víctima. En la segunda parte del salmo, el salmista, libre de los enemigos, viene al templo a pregonar la misericordia de Dios para con El, a fin de alentar a los que como él sufren por la causa del Señor:

«Los que teméis a Yavé alabadle,
descendencia toda de Jacob, glorificadle,
porque no desdeñó ni despreció la miseria del mísero,
ni apartó de él su rostro,
antes oyó al que imploraba su socorro».

Y no sólo el pueblo de Israel elevará sus manos a Dios en acción de gracias por la liberación del salmista, pues:

«Se acordarán y se convertirán a Yavé todos los confines de la tierra,
y se postrarán delante de El todas las familias de las gentes,
porque de Yavé es el reino,
y El dominará sobre las gentes».

El sentido mesiánico del final del salmo es evidente. Una cosa hay en él que no es clara, la relación entre los sufrimientos del salmista y ese sentido mesiánico, que nos presenta a las naciones convertidas a Yavé y el pueblo nuevo, a quien se dará a conocer la justicia de Dios.

Así aparece de qué manera los Profetas y Justos del Antiguo Testamento, sufriendo por la causa de Dios, vinieron a ser tipo de Aquél Varón de dolores, que murió en la cruz para dar testimonio de la verdad.

Pero no sólo los justos individualmente tomados, porque la misma ciudad de Jerusalén y el pueblo israelita, como pueblo de Yavé y el único que a Dios reconocía y adoraba en medio de las naciones gentílicas, se nos ofrece en los salmos como víctima que sufre por la causa de su Dios. En el salmo XLIV el salmista empieza recordando los prodigios realizados por Dios en favor de su pueblo, del cual parece haberse olvidado entregándolo en manos de sus enemigos. Y no obstante, el pueblo se mantenía fiel a Dios, por lo cual clama:

«Despierta, ¿cómo estás durmiendo Yavé?
despierta, no nos dejes del todo.
¿Por qué escondes tu rostro,
olvidando nuestra angustia y opresión?
Está nuestra alma postrada en el polvo,
está nuestro cuerpo pegado a la tierra.
Levántate y ayúdanos; visítanos por el honor de tu nombre».

Y en todo esto no salimos del sentido típico. Las personas y el pueblo que sufre por la causa de Dios, contribuyen a preparar el advenimiento del reino de Yavé y con esto son tipos del Mesías y de su Pasión. Me-

dante aquel don de inteligencia de que el Señor llenó a sus discípulos el día de Pentecostés, penetraban éstos los misterios de la economía divina en la preparación mesiánica. Estos sufrimientos, vividos primero y descritos luego en las páginas de la Escritura constituyen los tipos mesiánicos. Hasta qué punto alcanzaba la inteligencia de los unos y de los otros, los planes divinos y, por consiguiente, el misterio en estos sentidos encerrado, no nos es posible averiguarlo; pero no podemos olvidar que todos vivían de la fe, de la fe en la salud de Dios y esto bastaba para dar un gran valor a estos sufrimientos, uniéndolos a los de la futura Víctima, a la que Dios había ligado la salud del mundo.

No sólo la Pasión se nos da a conocer mediante esta figura; también la resurrección al tercer día. Pero de ésta no habla más que un solo pasaje, varias veces citado en los evangelios, la historia de Jonás, que al tercer día se vió libre de la cárcel del pez.

Fuera de estos tipos, que podemos decir se extienden a todo el Antiguo Testamento, los Profetas nos muestran algunos oráculos, que en sentido literal anuncian los mismos misterios. Es el primero el del Siervo de Yavé en Isaías. Pero conviene advertir la forma de su redacción. Cuando los Profetas nos hablan del Mesías y de su reino, suelen hacerlo en términos claros, designándolo con el nombre de David o del hijo de David; mas cuando Isaías quiere hablarnos de la pasión del Mesías, no le da otro nombre que el de *Siervo de Yavé* y nos lo presenta como otro Melquisedec, sin padre, ni madre, ni genealogía (Hebr., 7, 3). Pero en cambio, nos pinta con varios colores sus padecimientos y los motivos porqué Dios le sometió a ellos. Semejante vaticinio era para los doctores de Israel un misterio, que deseaban resolver glosando el texto y haciéndole decir que ese Siervo no era otro que Israel, el cual padecía por sí y por las naciones. Pero la simple lectura del texto nos hace ver con claridad que tal interpretación es contraria a la verdad, y que el Espíritu Santo ha querido darnos en él un anuncio del gran misterio, al que había ligado el cumplimiento de las promesas mesiánicas con la salud de Israel y de las naciones gentílicas. Tal interpretación brota espontánea cuando se compara nuestro texto con la historia evangélica. El Siervo de Yavé no es otro que Jesucristo, muerto en la cruz por los pecados del mundo. No hay duda que el oráculo ofrece dificultades, porque, como todos los oráculos, éste se halla encuadrado en las circunstancias históricas, en que vivía el profeta y estas circunstancias nos son del todo ignoradas.

Menos claro aún resulta otro vaticinio del profeta Zacarías (12, 8-13, 2). En él nos presenta el profeta a un personaje transpasado y lamentado por el pueblo todo, cuya muerte será seguida de un nuevo prodigio, una fuente en medio de Jerusalén para la purificación del pecado y de la impureza. A la luz de estas páginas el pensamiento se va al Calvario,

de donde el Viernes Santo se retiraba el pueblo golpeándose el pecho por la muerte del Inocente, a quien habían puesto en la cruz.

Resumida en los tres mencionados capítulos, hemos apuntado más que expuesto la suma de los vaticinios que sobre la Pasión del Salvador nos ofrece la Ley, los Profetas y los Salmos, es decir, el Antiguo Testamento. Es evidente que los vaticinios, sobre ser escasos en número, son oscuros, sobre todo cuando se los compara con aquellos en que se anuncia la gloria del reino mesiánico. Pero advirtamos que la claridad en estos oráculos es una claridad por lo deslumbrante, oscura, pues no nos deja ver el sentido verdadero de esa gloria que se nos promete. Dios ha querido salvar al mundo por la fe y el objeto de la fe es siempre oscuro. Sobre este punto de la Pasión particularmente tenemos que recordar las palabras del Apóstol; «La cruz de Cristo es necesidad para los que se pierden; pero es poder de Dios para los que se salvan, según está escrito:

«Destruiré la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes» (I Cor., 1,18 ss.). Y si Dios ocultó más que otros el misterio de la cruz, San Pablo nos dá la razón: «Nosotros enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos, que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo, pues si le hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Rey de la gloria» (I. Cor., 2,8). He aquí la clave para explicar la oscuridad de los escritores antiguos sobre este misterio, que para el Apóstol era la suma del Evangelio. Y esto nos parece que no debía ser echado en olvido cuando se trata de los sentidos de la Sagrada Escritura.